Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 240– 21 de abril de 2017

En este número

Te ofrecemos

1- **De los quehaceres de algunos senadores,** *Emilio Álvarez Frías*
2- **Identidades y nacionalismos,** *Manuel Parra Celaya*
3- **Sobre Antonio Machado,** *José Mª García de Tuñón Aza*
4- **Navarra: sé tú misma,** *Sila Félix*
5- **El legado imperecedero de un político católico,** *José Mª Ballester Esquivias*
6- **Pablo Iglesias, hijo y nieto del comunismo (y no de la democracia),** *Pascual Tamburri*
7- **A este autobús le falta un blue,** *Casimiro García Abadillo*
8- **Cifuentes LGTBI,** *miqueridaespana*
9- **El valiente «Carnicero de Mondragón»,** *...@...*

De los quehaceres de algunos senadores

Emilio Álvarez Frías

En España se va demostrando que existe un elevado número de tontos por metro cuadrado. No es nada nuevo el comentario, pero no viene mal repetirlo de vez en cuando. Y más si lo concretamos a las instituciones del Estado, donde, al parecer, se ha concentrado una buena selección de tontos, memos, imbéciles (alelado, poco inteligente según la RAE), cretinos (estúpido, necio), y una rica variedad de adjetivaciones más que nos ofrece el diccionario.

Hace unos días, el senador Carles Mulet García, individuo designado para tal cargo por las Cortes Valencianas, en un escrito en el que intenta razonar su pregunta al Gobierno, pide se le aclare, «qué protocolos tiene adoptados el Gobierno ante la posibilidad de un apocalipsis zombi». No entramos en adjudicar adjetivo alguno al senador Mulet, que cada quién le aplique los que considere oportunos.

El Gobierno, respecto al fin del mundo, le responde que «no dispone de protocolos específicos para dicha eventualidad, entre otros motivos, porque poco se puede hacer llegado ese momento», remitiendo al interpelante al diccionario para aclarar el caso de que se presenten situaciones catastróficas o se dé la acción de zombis, dando una cumplida respuesta para cada emergencia.

A nosotros se nos ocurre alguna cosa más, como a la mayoría de nuestros compatriotas; por ejemplo, manifestar que ni el Senado ni el Parlamento están para perder el tiempo en muchas de las chorradas (necedades, tonterías) que traen a colación estos empleados nuestros, sino para resolver asuntos importantes del país, lo que no hacen por incapacidad manifiesta.

Por otro lado el Gobierno da la siguiente respuesta «sobre la segunda acepción recogida en el Diccionario, "situación catastrófica, ocasionada por agentes naturales o humanos, que evoca la imagen de la destrucción total", se indica, por el contrario, que España dispone de un sistema

global de procedimientos concretos y de protocolos de prevención de las emergencias, tanto en el ámbito de protección civil, en el que participan el conjunto de las administraciones públicas, como en el de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado. Asimismo, El Gobierno articuló en el año 2012 un órgano de coordinación para el control y seguimiento de situaciones críticas, el Consejo de Seguridad Nacional, departamento encargado de la dirección de la política de la Seguridad Nacional»; recordatorio interesante por demás, pues son demasiados los problemas que causan tanto los revoltosos empeñados en fastidiar la convivencia entre todos dada la imposibilidad por ahora de imponer sus doctrinas, como los que intentan destruir España creando repúblicas independientes en lo que ahora son provincias o regiones. Las acciónes de unos u otros son problemas importantes producidos, no por zombis, sino por gente de mala fe que no merecen vivir entre nosotros.

En este día en el que el tiempo atmosférico danza entre querer ser verano o tomar las propiedades ajustadas a la estación primaveral que marca el calendario, voy a salir a pasear por mi ciudad con la intención de hacer una estadística de los españoles que se merecen uno u otro adjetivo o calificación. Como compañía, me armo con un antiguo botijo de Piera, Cataluña, de hechura similar a una alcuza, quizá influenciado por ser dicha localidad, además de industrial, tierra de olivos al tiempo que de un delicioso vino con denominación de origen Penedés, con el que dotamos a nuestro acompañante.

Identidades y nacionalismos

Manuel Parra Celaya

Se van extendiendo por toda la piel de Europa reivindicaciones de *identidad nacional*; es un rasgo –dicen– de esa *Derecha Alternativa* que se abre camino entre añagazas de sus adversarios, junto con otros dos rasgos: el *populismo* –sintonizar con intuiciones, sentimientos y miedos colectivos– y el *euroescepticismo*, es decir, desconfianza o simple negación de concreciones unitarias europeas.

Si nos fijamos sin apriorismos, estos *identitarismos* se manifiestan lo mismo en las grandes áreas de los Estados-Nación constituidos ya secularmente y en las pequeñas porciones de las regiones de aquellas, con ansias a su vez de reconocimiento *nacional* y no disimuladas tendencias de segregacionismo; es decir, el fenómeno afecta por igual a unidades históricas ya formadas históricamente como también a las que aspiran a organizarse en detrimento de las otras. Nos atrevemos a sostener que el sustrato ideológico de todos los identitarismos es el mismo.

Port-en-Royans, Provenza francesa

Nos dice el diccionario de la RAE que *identidad* es *el hecho de ser una persona o cosa la misma que se supone o se busca*; dado que esta acepción viene precedida de la abreviatura *Der.* (Derecho), creemos que es la que conviene a este trabajo, porque lo que se está reclamando en todos los casos es la fortaleza o creación ex nuovo de un Estado, frente a las limitaciones que pueden suponerle instituciones supraestatales europeas.

En efecto, esta corriente de *identitarismo* tiene como objetivo común configurar jurídicamente a aquellos grupos humanos que se sienten *lo mismo*; así, nuestros vecinos partidarios o votantes

del *Front National* consideran que los franceses tienen en común unas señas de identidad que los distinguen de los ciudadanos de otras naciones; pero, a su vez, los corsos o bretones se sienten *iguales entre sí* y *diferentes* del resto de los franceses, y esto les justifica sus anhelos de independencia: en España –donde, por cierto, no parecen triunfar partidos de esa *Derecha Alternativa*– los españoles seríamos *diferentes* (como sostenía el viejo slogan turístico), pero, a su vez, sectores de catalanes y vascos (y andaluces, y castellanos, y canarios…) reclaman esa *diferencia de identidad* para ellos mismos, sustentándola en supuestas razones étnicas, lingüísticas o históricas, en contra de la unidad nacional española.

Hemos afirmado que el sustrato común de esas apetencias, sean *unitarias* o separatistas, es similar, y esto es así cuando el sentimiento de identidad se reduce a esto, a puro sentimiento, y entra de esta forma de lleno en la vieja catalogación de nacionalismo, que es, según sabias definiciones, *un individualismo de los pueblos* (José Antonio Primo de Rivera) o una forma de *particularismo* (Ortega y Gasset). Siempre subyace el mito romántico del *volkgeist* (espíritu del pueblo).

No cabe discutir acerca de si los miembros de un territorio –región, comarca, localidad…– tienen aspectos que los configuran con una suerte de *identidad*; tampoco, que la marcha de la historia, que ha configurado los pueblos en naciones y jurídicamente en Estados, les ha dotado de algo más que de una *identidad*: les ha unido en empresas colectivas, en las que cada uno, en la mayoría de los casos, ha mantenido sus elementos identitarios sin detrimento de la unidad común. Por otra parte, claro que es evidente que tienen elementos en común los corsos y bretones, los vascos y catalanes, y que es ocioso y falso (y nefasto políticamente) negarlo.

Pero también es verdad que los franceses pueden ostentar su identidad nacional; al igual que los españoles, y los italianos… Llevar a cabo una lucha de identidades enfrentadas entre sí es reducir lo jurídico-político y lo histórico al terreno del absurdo, pues podríamos llegar a que cada aldea y cada individuo reivindicara su *identidad* absoluta frente al otro, que siempre será *distinto*. ¿Quién puede negar, por ejemplo, la *identidad* de los pobladores del Valle de Arán, frente a Lérida y frente a Cataluña, o la de los manchegos, frente a Castilla, o la de la familia del piso de arriba de nuestro bloque frente a nosotros?

Durango, Vizcaya

La clave está, como hemos dicho, en que se eleva esa *identidad* a definidora de *nacionalidad*, es decir, a fundamento ideológico nacionalista; el nacionalismo –no importa la extensión, como decía Ors– siempre será una pieza retardatoria en la marcha de la humanidad hacia caminos unitarios. En cada momento de la historia, la *identidad* ha servido para identificar y concretar jurídicamente un colectivo; así, el clan, la tribu o el reino medieval, pero siempre ha debido ser superada en una *identidad* superior, que ha integrado, mediante un proyecto común ilusionante y progresivo, una concreción política más amplia. De esta forma nacieron los Estados-Nación en la Edad Moderna y Contemporánea.

Sugiero que en este momento hay que luchar por una identidad europea, no volver hacia atrás por muchos que sean los errores o las dificultades de esta nueva concreción unitaria en la historia. Las razones ideológicas que podemos esgrimir frente a Bruselas, son las mismas que cualquiera de nosotros puede achacar a las administraciones del Estado español o de su Comunidad Autónoma; el debate no está, pues, en la *identidad*, sino en los fundamentos de la unidad: las raíces comunes de la cultura y de la historia, aunque no sean *idénticos* para todos los

pueblos europeos, y un proyecto común integrador.

El que suscribe es y *se siente* catalán; por supuesto, es, *se siente* español, y –un paso ascendente y esencial– establece las razones de tipo intelectual para que no exista la menor contraposición entre ambos amores, porque *acaso la inteligencia tiene sus razones que el corazón no entiende.* Y, día a día, acrecienta el sentimiento y la razón en ser europeo. No se ha sentido *extraño* en modo alguno en las calles de Berna, de Roma o de Viena, como tampoco se ha considerado ajeno en Galicia, Asturias o León.

Y el motivo es que ni cae en nacionalismo alguno –como, por otra parte, nunca cayó la historia de España en sus mejores momentos–, ni se deja arrebatar por un puro sentimiento que solo es capaz de aferrar a un determinado terruño. Dicho en conceptos ya clásicos, supera –no elimina– *lo espontáneo*, para adentrarse en los caminos de *lo difícil*, que siempre superará en belleza y en verdad a los encantos del césped querido de nuestra aldea.

Sobre Antonio Machado

José Mª García de Tuñón Aza

En el anterior número, la *Gaceta* ha reproducido un artículo del jesuita e historiador Fernando García de Cortázar que días antes había publicado en el diario *ABC.* Su título *La discreta inmortalidad de Machado,* se refería a éste, de quien decía, entre otras muchas cosas, que «fue un poeta que al ser reivindicado muy pronto por los dos bandos de la Guerra Civil, demostró que su herencia solo podía ser la de España entera».

Posiblemente así haya sido. Pero la vida de Antonio Machado, este poeta sevillano nacido en 1875, no empieza ni termina en el lugar donde nos lo deja el historiador. Antes habría que decir algunas cosas. Por ejemplo, ya que cita la Guerra Civil, no estaría de más que recordáramos que fallece en el exilio, en la localidad francesa de Colliure, el 22 de febrero de 1939, Miércoles de Ceniza, abandonado y olvidado por todos: por los de un lado y de otro, por quienes tanto ruido y alboroto armaron en defensa de la cultura occidental democrática. No supieron rodear la muerte de este hombre del consuelo y del honor que merecía. Murió en tierra extranjera, ignorado, en soledad y desatendido, lejos de todo cuanto quería y, sobre todo, de Leonor, su esposa y musa. Francisco Umbral nos recordaba lo que un día le decía el falangista y buen prosista Luis Ponce de León: «Pobre Machado, pobre Machado... Los rojos no sabéis decir otra cosa, coño, pero lo cierto es que no hubo ningún preboste de la República que se llevase a Machado en su cochazo; tuvo que irse con su madre enferma a pasar la frontera, en la caravana de las alpargatas». Y el mismo Umbral añade: «Y lo malo es que Luis tenía razón». Lo había presentido el mismo poeta hacía mucho tiempo: *«Y cuando llegue el día del último viaje / y esté a partir la nave que nunca ha de tornar / me encontraréis a bordo ligero de equipaje / casi desnudo, como los hijos de la mar».* En otro momento y como corazonada de su triste final el poeta escribió: *«Señor, me dejaste solo / solo, con el mar a solas».*

Tumba de Antonio Machado en Colliure

Fue un poeta admirado por José Antonio Primo de Rivera. Su hermana Pilar dice que, además de otros poetas como Rafael Alberti, Juan Ramón Jiménez y Rubén Darío, y hasta cierto punto García Lorca, influyó mucho Antonio Machado en él. Basta recordar aquella velada en el Hotel Ritz donde, presidido por Miguel Primo de Riera, se homenajeaba a los hermanos Machado por

su obra conjunta *La Lola se va a los Puertos* y que Manuel Machado nos recordaba en un artículo que tituló *José Antonio el Poeta*: «Fue por estos mismos días de noviembre de 1929, y fue una de las primeras, acaso la primera vez que –aparte sus alegatos forenses–, hablaba en público José Antonio. Se celebraba un suceso artístico y la magnífica sala de fiestas del Hotel Ritz, de Madrid, estaba llena a rebosar de todas las aristocracias españolas: desde la de sangre hasta la del cante hondo. La cálida palabra del joven orador, impregnada ya de un dulce misticismo y como de un aura de profecía, penetraba candente en los espíritus y captaba, irresistible, no ya el difícil entusiasmo, la emoción cordial y sincera de aquel selecto auditorio... Fue aquel su primer discurso un arrebatado panegírico de la Poesía como norma cardinal de la vida...».

El poeta sevillano fue, en opinión de Antonio Tovar, el ídolo de Dionisio Ridruejo. Éste ya lo cita en una conferencia que dio el 15 de noviembre de 1938 dedicada a José Antonio de quien dice que tenía, junto a su calidad de poeta, junto a su calidad de hombre entero, junto a la calidad caballeresca, que le hacía entender a España por entero, una calidad humana de hombre amoroso; todas las pasiones de los hombres que siguen a José Antonio son pasiones de amor.

Porque el amor es la ansiedad de los seres por completarse, por fundir en sí mismos su propia unidad hacia unidades superiores. Y José Antonio nos hace entrar en esta cualidad suprema de hombres para servir la unidad total de todos los hombres, en el destino de una Patria.

«Y, ahora –seguía diciendo Ridruejo– José Antonio no puede ser un mito inoperante, lejano. En torno a su memoria, a su doctrina, a su voluntad: es decir, en torno a España, debemos estar reunidos, apretados y fuertes los hombres que han conocido su palabra, que han estrechado su mano, que se han asomado a sus ojos, porque no tenemos derecho a hacerle un duelo romántico. Decía Antonio Machado, el gran poeta traicionado y traidor:

Quiero un duelo de trabajo y esperanza.
Yunque: sonad.

Pues bien, camaradas de España: No hagamos un duelo estéril y flojo. No, hagamos una pantomima de dolor por José Antonio. Que suenen los yunques...».

Navarra: sé tú misma

Sila Félix

En algunos grupos de facebook se ha subido un video en el que se visualiza y escucha el himno nacional español –la Marcha Real– en las calles de Pamplona, con motivo de una de las procesiones religiosas de esta pasada Semana Santa.

Los comentarios, en general, eran muy positivos: «estamos en España», «que alegría», «¿por qué va a molestar?»...

Ciertamente, el hecho no deja de ser, en estos tiempos, una excepcionalidad. Ante todo, por desarrollarse en la parte vieja de Pamplona; supuesto feudo de la aberchalada y radicalismos anarco-comunistoides para quienes la tolerancia es vista como un ejercicio de debilidad frente al «fascismo que avanza».

Pero además, para otros, tamaña manifestación popular no dejaría de ser sino un pernicioso residuo del denostado y fenecido nacional-catolicismo de tan «infausta memoria». Otro signo a derribar y eliminar; y van...

A pesar de todo ello, para muchos –sin necesidad de ser religiosos– tal ejercicio de identidad colectiva no deja de ser una manifestación más de estricta normalidad social y democrática. Un ejercicio de civismo, de libertad y de consistencia comunitaria. Simbolismo compartido, sacralidad pública, identidad nacional, espontaneidad popular.

Ciertamente, el asunto no es nada sencillo; sobre todo, al cargarse un episodio de este tipo con múltiples valoraciones ideológicas que retuercen y deforman la realidad… al servicio de contrabandistas de ideas y proyectos totalitarios (laicistas confesionales, radical-progresistas, panvasquistas paganizantes o veterocatólicos sabinianos…).

Constatemos, en primer lugar, el empeño en expulsar la religión –la católica, faltaría más– del espacio público y limitarla a las sacristías y a la conciencia individual; lo que en última instancia implica la eliminación de unos poderosos vínculos simbólicos de carácter comunitario e identitario orientados al sentido existencial. La tendencia laicista es poderosa, sigue en alza y son muchos los resentidos encantados en alimentarla… y no pocos acomplejados en plegarse ante lo percibido como «normal». Veremos mucho, mucho más.

En segundo lugar, las tendencias y posicionamientos de la propia Iglesia católica; en tantas ocasiones desconcertantes para propios y extraños. Y no nos referimos al magisterio del Papa Francisco. Un detallito a modo de ejemplo: ya no es posible escuchar el himno nacional en una ceremonia oficiada en un templo católico…, por imperativo canónico. Si la familia de un fallecido desea que en algún momento del funeral por el alma de su ser querido sea entonada la marcha real –por manifestación expresa del fallecido, de la familia, de sus amigos, de todos ellos…– no lo conseguirá: sea en San Nicolás de Pamplona o en San Pedro de Olite. En Urdax o en Cortes. Hasta tal punto es así que no es imposible afirmar que el himno nacional interpretado en la celebración eucarística de la Virgen del Pilar, en la iglesia de San Miguel de Pamplona, acogiendo a la patrona de la Guardia Civil y al Benemérito Cuerpo allí celebrante en el último octubre del 2016, acaso forme parte ya del pasado.

Tiempos paradójicos y sorprendentes los nuestros: a la religión se le expulsa del espacio público y en los templos no puede escucharse la Marcha real. Tanta separación, tanto matiz, tanta dialéctica, tanta normativa, tanta asepsia… nos han hecho perder la memoria y los reflejos. Y las personas sin memoria ni reflejos son dóciles ante el poder, el que sea.

Formalmente, ambos episodios son circunstancias distintas que responden a dinámicas propias. Está claro.

La separación Iglesia-Estado, interpretada en su versión confesional laicista anticatólica, tan de moda en nuestra decrépita Europa, seguirá avanzando también en Navarra. Nos guste o no. A la vez que la increencia se instala significativamente entre los navarros; y algunos miles de nuevos –y otros no tan nuevos– navarros se adscriben a los cultos evangélicos y musulmán. Y a la New Age o al «supermercado espiritual» tan próximo a las viejas supersticiones que el cristianismo nos había liberado… Estamos en una sociedad pluralista. Es evidente. Nadie lo niega. Y muy poco católica; también es notorio. Perviven parroquias católicas de gran vida y proyección, realidades eclesiales luminosas y esperanzadoras. Pero lo cierto es que no es posible afirmar –salvo desde la perspectiva de la esperanza escatológica– si serán el germen de nuevos cristianos o islas que resisten mal que bien, los vendavales de la globalización, el mundialismo y el desarraigo.

Mercados medievales de Olite, Navarra

Mientras tanto, algunos añorarán que la marcha real suene al órgano y en un templo, al menos en alguna ocasión. Un signo de los tiempos: Navarra apenas se reconoce en su pasado; tampoco en el religioso. Y con ello se pierden lazos comunitarios, viejas y benéficas solidaridades, experiencias compartidas, tradiciones operativas que dieron vida a un Fuero exhausto…

Los navarros de ayer, de hoy, y de mañana, seguiremos teniendo necesidad de comunidad y pertenencia. La navarridad de hoy es distinta de la de ayer. Y lo será de la de mañana. Habrá, ya las hay, muchas formas de vivenciar la navarridad, individual y colectivamente. Pero si el lazo con la tradición católica se rompe –creencias, vivencias, comunidades orgánicas– se tratará de una Navarra irreconocible; no en vano –es legítimo preguntarse– ¿perviviría Fuero alguno? Navarra, en tal caso, ¿sería algo más que una mixtura personal a base de Osasunbidea, Hacienda Foral y los lights cursillos de los Civivox?

Cuando Juan Pablo II reclamaba el tan famoso como olvidado «¡Europa, sé tú misma!», invocaba a su pasado religioso, a su cristianismo, su tradición romana, su sabiduría griega. Hablaba de raíces, pero también de proyección y futuro. También estaba pensando en nuestra Navarra.

Merece la pena recordarlo, más cuando hablamos de religión y catolicismo. Fue un 9 de noviembre de 1982 cuando Juan Pablo II en aquel discurso sobre la identidad europea invocó, entre otras muchas cosas, lo que sigue: «Desde Santiago, te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor: Vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes. Reconstruye tu unidad espiritual, en un clima de pleno respeto a las otras religiones y a las genuinas libertades. Da al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. No te enorgullezcas por tus conquistas hasta olvidar sus posibles consecuencias negativas. No te deprimas por la pérdida cuantitativa de tu grandeza en el mundo o por las crisis sociales y culturales que te afectan ahora. Tú puedes ser todavía faro de civilización y estímulo de progreso para el mundo». No por olvidadas tales palabras, han perdido actualidad.

Los tiempos cambian, las personas son otras, pero el corazón del hombre es el mismo. La Navarra que hemos conocido, en lo bueno y también en lo menos bueno, es fruto del trabajo de las muchas generaciones que nos precedieron. Eran religiosos, entendían que vivir para los demás era bueno, creían en el bien común, se dotaban de reglas que ayudaban a sobrevivir, a tener una existencia con sentido y a impartir justicia. No había conflicto entre el ser navarro y el ser religioso. Pero vivimos tiempos acelerados de cambio y transformación. Las imposturas se imponen a lo natural. La dialéctica al sentido común. Lo artificioso a lo espontáneo.

Así las cosas, además, la Iglesia tiene su propia «agenda», pues su mirada y naturaleza son divinas. De hecho, los hay que se plantean que la Iglesia arriesgó mucho y perdió credibilidad por su vinculación a la unidad de España. Están en su derecho. Seguro que no les faltan argumentos teológicos o dialécticos. Y si no los tienen, se los inventan, que no pasa nada.

Pero también estamos en nuestro derecho si reclamamos la defensa de la sacralidad en la vida pública navarra y la identidad española allí donde vivimos y nos movemos. Sin complejos, sin violencias, sin mentiras.

Por ello, en una deseable fase de civismo democrático y de madurez social, los proyectos totalitarios sobran: sean panvasquistas, nihilistas, mercantilistas o islamistas.

El legado imperecedero de un político católico

José María Ballester Esquivias *(A y Ω)*

El 19 de abril de 1967 fallecía Konrad Adenauer a la edad de 91 años. Prototipo del político católico contemporáneo, a la par que pragmático, encontró en la doctrina social de la Iglesia la referencia intelectual para desentrañar el horror de un nazismo que nunca dejó de acosarle y para sentar las bases de la futura Alemania occidental. Un ideario que fraguó recluido en una abadía benedictina

Konrad Adenauer tenía, ante todo, dignidad. Lo demostró de modo especial el 21 de septiembre de 1949, fecha en que los representantes de las tres potencias de ocupación occidentales –

Estados Unidos, Reino Unido y Francia– le traspasaron la mayor parte de sus poderes ejecutivos No todos: la plena soberanía tendría que esperar hasta 1990. Quedaba así solemnizado el nacimiento de la República Federal de Alemania, de la que había sido elegido su primer canciller.

Tal y como cuenta Hagen Schulze en su *Historia de Alemania*, «para dejar bien claro cuál era la situación de la República Federal de Alemania, durante la ceremonia los tres representantes de los aliados iban a estar sobre una alfombra roja, mientras que la delegación alemana ocuparía un lugar junto a la alfombra».

El nuevo canciller, sin embargo, no podía aceptar el agravio, no tanto en su nombre como en el de una Alemania occidental en pleno proceso de desnazificación. Entonces, prosigue Schulze, «el nuevo canciller, legitimado democráticamente, [...] caminó por la alfombra que se suponía no debía pisar». El mensaje era claro: el nuevo país no estaba dispuesto a ser un actor secundario.

Konrad Adenauer a su llegada a la catedral de Reims, en Francia, donde se reunió con el presidente Charles de Gaulle en 1962

Para entonces, Adenauer ya tenía 73 años y una vida pública muy densa que había alcanzado su punto álgido durante los 16 años (1917-1933) que ejerció como alcalde de Colonia, tres lustros que abarcaron la I Guerra Mundial, el final del imperio alemán y la República de Weimar. Una atalaya desde la que hizo gala de un temple –fueron años muy convulsos para el país– que le acompañó a lo largo de su vida pública.

De la reflexión a la actuación

Su principal baza en esa difícil travesía fue la fe católica que recibió de sus padres. En 1906 se adhirió orgulloso al Zentrumpartei, el partido creado en pleno apogeo bismarckiano por un catolicismo alemán políticamente minoritario pero que no estaba dispuesto a ser arrasado por el Kulturkampf (Lucha Cultural) del Canciller de Hierro.

El Zentrum logró hacerse un hueco en el tablero político hasta que la traición, entre otros, de Franz von Papen facilitó el acceso al poder de Adolf Hitler. Al nuevo régimen le faltó tiempo para apartar a sus adversarios y Adenauer fue destituido como alcalde de Colonia. Con todo, el nazismo iba a sacar, por supuesto indirectamente, lo mejor de Adenauer. Y en tres planos: el espiritual, el intelectual y el tocante al liderazgo político.

El precoz y sistemático acoso del nazismo hacia su persona le llevaron, tras dejar a su familia en un lugar seguro, a encontrar refugio en la abadía benedictina de Maria Laach en abril de 1933. Allí, sometido a la disciplina de la regla de san Benito, dedicó largas horas a leer y analizar las encíclicas sociales *Rerum novarum* y *Quadragesimo anno*. «Y no es exagerado decir», subraya su biógrafo Charles Williams, «que en ellas encontró el eco de lo que sentía como católico y una base intelectual de lo que serían sus futuras políticas».

Esa formación le sirvió, una vez abandonó la abadía, para perfilar sus conclusiones sobre el poder hitleriano: el nazismo, escribe en sus *Memorias*, era hijo del materialismo socialista y el pueblo alemán, bajo el impulso de esas ideas, «ha hecho del Estado un ídolo y lo ha elevado a los altares; y el individuo ha sacrificado su valor y dignidad en aras de este nuevo ídolo». De ahí que el nazismo no fuese sino «la consecuencia llevada al límite del poder y del desprecio hacia el individuo que deriva de esa ideología materialista».

Su conclusión, inapelable: «El concepto de supremacía, de omnipotencia del Estado, de su primacía sobre la dignidad y libertad del individuo es contrario a la ley natural de los cristianos, por lo que la existencia y el rango del individuo preceden al Estado». De la reflexión a la actuación.

Adenauer firma la formación de la unidad europea

Lo que los nazis no imaginaron era que cada una de sus actuaciones contra Adenauer antes –destrozo de su casa incluida– y durante la II Guerra Mundial –formó parte de los 5.000 detenidos tras el fracaso de la Operación Walkiria– era una forma de apuntalar su prestigio. En 1945 los americanos le repusieron como alcalde de Colonia –fue cesado por los ingleses que luego se arrepintieron– y el centroderecha alemán se reconstruyó en torno a su figura. El resto ya es historia: cuatro victorias electorales consecutivas, un milagro económico en la historia, reconciliación definitiva con Francia y primeros pasos de la unidad europea.

Pablo Iglesias, hijo y nieto del comunismo (y no de la democracia)

Pascual Tamburri *(El Semanal Digital)*

Pablo Iglesias tiene derecho a estar orgulloso de su familia, pero no a inventarla. Los asesinatos chequistas de la guerra civil y el terrorismo de los años 70 no son méritos democráticos.

La mejor campaña del PP la está haciendo, por supuesto, Podemos. El grupo de Pablo Iglesias, asustando al votante natural o posible del PP, invita al grito de «que vienen los malos». Y es que con o sin Monedero Podemos puede asustar. Pablo Iglesias juega él mismo, por su parte, a tranquilizar, a parecer menos venezolano y más razonable, más moderado, más demócrata, miembro de una familia normal. Lo que pasa es que su historia familiar debe ser contada para entender el personaje, y para que no toda la culpa de su de-formación (y del hundimiento moral e higiénico de su Facultad) se la lleve Jorge Verstrynge.

Javier Iglesia con su hijo Pablo, a quien inició en la lectura de Marx

Pablo Iglesias Turrión es hijo de María Luisa Turrión Santa María, letrada de CCOO, y de Francisco Javier Iglesias Peláez, Inspector de Trabajo, profesor de historia contemporánea en una Escuela de Relaciones Laborales y militante marxista en el PCE (m-l) y en el grupo terrorista FRAP. Por supuesto, ni las culpas ni los méritos han de recaer en los hijos; pero sí que, conociendo mejor a los padres, se conoce mejor a los hijos. Cosa importante si quieren cambiar España. Ahora veremos mejor en qué dirección.

Javier Iglesias, que ha sido después candidato de otros grupos de extrema izquierda y que es ahora uno de los dirigentes de Podemos Zamora, fue un terrorista del Frente Revolucionario Antifascista Patriótico, que como tal existió entre 1973 y 1978. Y como terrorista, no como demócrata, Javier Iglesias fue a la cárcel. Una experiencia que sin duda le marcó, y a su hijo. Sin embargo, no pensemos en los Iglesias como si fuesen una esforzada familia de militantes

obreros. Javier Iglesias es, ahora jubilado, y lo fue desde el tardofranquismo, un funcionario de nivel A del Ministerio de Trabajo, siendo Delegado del mismo sucesivamente en varias provincias.

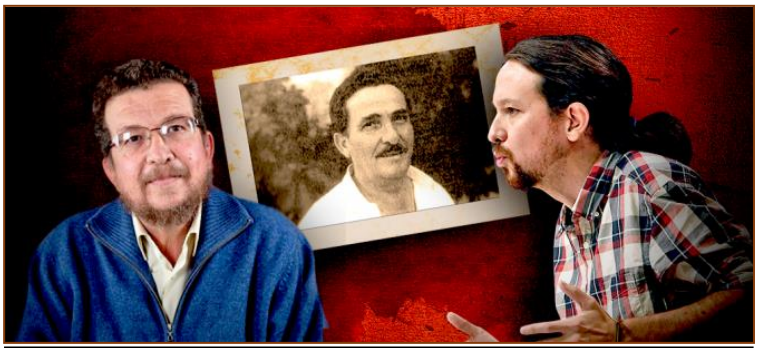
Yo no condeno a Pablo Iglesias porque 1973 el FRAP, en el que militaba su orgulloso padre, matase al policía Juan Antonio Fernández Gutiérrez y al policía Francisco Jesús Anguas Barragán, y en 1975 a los policías Lucio Rodríguez Martín, Juan Ruiz Muñoz y Diego del Río Martín y al teniente de la Guardia Civil Antonio Pose Rodríguez. No los mató Pablo Iglesias, aunque sí merece todo mi asco por no condenar esos asesinatos, y por aplaudir a su no arrepentido, ultraizquierdista y amnistiado padre Francisco Javier Iglesias, que como él y como su abuelo nunca ha dejado de vivir de la administración del Estado franquista. Qué cosas.

De todos modos, haber sido del FRAP no es delito punible tras la amnistía. Un político profesional del PP como Rafael Blasco Castany también fue un terrorista del FRAP. Y si se fue del PP no fue por asesino comunista, sino por malversación de fondos y corrupción, qué cosas. Lo que importa, o debería importar más bien, es no confundir haber sido un antifranquista violento con haber sido o ser un demócrata. Que no es ni puede ser lo mismo.

Qué mejor que tener un abuelo «luchador contra el franquismo»

Pero Pablo Iglesias no sólo es hijo de «demócratas» (que es como hablan de sí mismos los marxistas, inclusive maoístas, estalinistas, trostkistas y practicantes de todo tipo de violencia). «Demócrata» en el mismo sentido lo era su abuelo, Manuel Iglesias Ramírez, considerado por él mismo un «demócrata español, socialista y creyente» y un «socialista humanista» que fue condenado a muerte después de la guerra civil. O sea, una víctima del franquismo, pensarán muchos. Qué bueno es Pablo.

Lo que pasa es que, para empezar, al abuelo de Pablo Iglesias Franco le conmutó la pena a una de 30 años, «gracias a los testimonios de miembros de la Falange que desmontaron muchas de las acusaciones que se habían hecho contra él». Y de esos 30 cumplió 5. Menuda represión más dura, como para compararla con el Gulag. Aun así, si fuese un pobre demócrata injustamente condenado habría sido una condena terrible. Pero no es el caso.



La saga completa de los Iglesias, Javier, Manuel y Pablo

En 1936, Manuel Iglesias fue uno de los dirigentes principales de la represión frentepopulista en Villafranca de los Barros (Badajoz) hasta su liberación por el Ejército; participó en la formación de las partidas armadas del Frente Popular y en la detención de los miembros de la Guardia Civil. Como miliciano, participó en la represión violenta contra sus enemigos políticos desde el inicio de la guerra. El 7 de noviembre de 1936 detuvo a Joaquín Dorado y Rodríguez de Campomanes, marqués de San Fernando, y a su cuñado, Pedro Ceballos, y los de Manuel Iglesias entregaron a los dos a la checa de la calle Serrano 43. Después de presos y torturados, ambos aristócratas extremeños fueron fusilados en la Pradera de San Isidro.

Manuel Iglesias supo que el marqués había sido fusilado, como otros enemigos políticos y sociales suyos de su pueblo. Y era uno de los responsables del bando que quemó una iglesia de Villafranca de los Barros… con presos católicos y derechistas dentro. Fue delegado del Frente Popular en su pueblo, y luego, desde 1937, Manuel Iglesias fue juez de guerra en su bando. Y eso se saldó con cinco años para el «luchador contra el franquismo».

En resumen: militancia violenta contra el franquismo, más allá de lo legal y lo legítimo en su propia zona; cargos públicos relevantes contra los nacionales; y su pena reducida de la de muerte a sólo un lustro. Y más aún: al salir de la cárcel el muy falangista y gironiano Ministerio de Trabajo lo hizo funcionario en el Seguro Obligatorio de Enfermedad (pero claro, la protección a los obreros… sólo la hacen los comunistas). En cuanto a su condena a muerte… murió de muerte natural y en 1986. Lo que en cualquier caso, sea como activista violento en la guerra o como beneficiado del franquismo después, Pablo Iglesias no puede presumir de abuelo demócrata. Ni de padre. Ni de sí mismo. Como una mayoría de España, por cierto. Pero bueno, es que ser demócrata no es obligatorio. Y un comunista no puede serlo nunca, además. Es lo que tiene la «memoria histórica» de ZP usada por Podemos.

A este autobús de hace falta un blues

Casimiro García Abadillo *(El Independiente)*

La nueva política es imagen. Eso Podemos lo sabe muy bien. Necesita como el aire para vivir la relevancia, salir en los medios, ya sea porque una de sus dirigentes se lleva al bebé al Congreso, porque su jefe de filas se da un beso en la boca con otro líder político, o porque se ha arrancado a cantar en un mitin rememorando, coleta morada, a Javier Krahe. Pero, la campaña del «tramabús» a mí se me hace pobre, además de poco original. Los de *Hazte oír* deben estar que trinan ante ese plagio propagandístico.

La utilización de autobuses para hacer campaña es algo casi tan viejo como la política. Lo que sí es nuevo es utilizar este medio de transporte para poner en solfa a los contrincantes políticos: lo que un publicitario llamaría «campaña negativa». Algo que pusieron de moda los hermanos Saatchi en Reino Unido cuando diseñaron la primera campaña de Margaret Thatcher bajo el lema: *«Labour isn't working»*.

El «Tramabus» de Podemos en laPlaza de Castilla, de Madrid

La campaña del «tramabús» a mí se me hace pobre, además de poco original. Los de *Hazte oír* deben estar que trinan ante ese plagio propagandístico

Claro que una cosa es decir que el programa de tu competidor no funciona y otra situar a otros líderes políticos mezclados con investigados por corrupción. Naturalmente, se trata de una provocación disfrazada. La casta ha dado paso a «la trama». El concepto utilizado por Podemos en su primera etapa de asalto a los cielos se quedaba corto por cuanto define un núcleo de poder sin más. La trama implica un complot, una manera de actuar torticera, al margen de todo control. Es pretendidamente sofisticada: ¿quién no ha oído en la barra de un bar hablar de alguna trama? A todos nos reconforta pensar que hay alguien contra nosotros al que culpar de nuestras desdichas. ¡Ponga una trama en su vida!

Pero, insisto, esta vuelta al cole de Podemos me sabe a poco. El autobús tiene unas connotaciones épicas, románticas, que Podemos no ha sabido explotar. Recuerden los que ya peinan canas el *Blues del autobús*, entonado por Miguel Ríos en alguna plaza de toros. *Vivo en la carretera, dentro de un autobús…*

Pablo, ¿qué te ha ocurrido? ¿Dónde has dejado tu vena de cantautor? Con un poco más de imaginación podías (y tú puedes) haber hecho alguna letrilla acorde con la temática: *El blues de la corrupción*; o *El rock de la trama*.

Dice el líder de Podemos que, con esta iniciativa, se trata no sólo de recordar casos y personajes ya conocidos, como Rato, Pujol o Bárcenas, sino de animar en distintos pueblos y ciudades de la geografía española a que sus militantes denuncien casos inéditos. Esta segunda fase promete. Nos dará la oportunidad de comprobar hasta dónde llega la capacidad para la condena no ya de telediario, sino de autobús. Imagínense las fotos de alcaldes o concejales del PP o del PSOE situadas en el bus de la vergüenza junto a los más famosos corruptos.

En la época de Mao en China se castigaba a los «enemigos del pueblo» no sólo con duras penas de prisión, sino sometiéndolos a la mofa y a la burla del populacho, expuestos en la plaza pública y vestidos con ridículas ropas y un estrafalario capirote. La táctica del autobús va un poco en esa línea, muy coherente con la del escrache. Todas esas prácticas tienen un denominador común: el descrédito del estado de derecho, que, por cierto, ha hecho posible que algunos de los retratados estén ya sentados en el banquillo.

Cifuentes LGTBI

Miqueridaespana

Cifuentes parece tenerlo claro, el objetivo de su mandato es implantar con firmeza la ideología de género en la Comunidad de Madrid. Para eso utiliza dos instrumentos típicos en todo proceso de transformación social: la ley y el sistema educativo.

Ya ha promulgado dos leyes sobre transexualidad y no discriminación, que vulneran varios derechos fundamentales de los madrileños (derecho a libertad ideológica, derecho a la libertad de educación, ejercicio de la patria potestad, libertad del paciente para acudir a tratamientos médicos,...), para imponer una visión del hombre y una forma de comportamiento a los madrileños.

Ahora, con la excusa de desarrollar las leyes que ella misma ha promulgado, pretende adoctrinar a los más jóvenes. ¿Cómo? Con la inclusión de asignaturas en el currículum escolar. Informa *La Gaceta* que: «Cifuentes pretende incluir una "asignatura LGTB" en los colegios de Madrid». Una asignatura que en principio se impartiría en Secundaria y sería optativa. En otros medios se han publicado que la asignatura también se impartirá en primaria y tendría carácter obligatorio. Veremos en qué queda este proyecto, pero de nuevo estamos ante un ataque a la libertad de educación.

La segunda excusa: educar en la no discriminación. La pregunta que nos hacemos en MQE es si para eso hace falta una asignatura. También nos preguntamos si sólo hay que educar en la no discriminación hacia los colectivos LGTBI, o también se debería educar en la no discriminación hacia otros grupos sociales que en ocasiones la sufren (inmigrantes, gitanos, discapacitados, mujeres,...). ¿Va a establecer Cifuentes un asignatura sobre no discriminación para cada colectivo? ¿Son colectivos que merecen menos protección y deferencia por parte de las autoridades?

¿No será que realmente lo que hay detrás de esta asignatura no es tanto evitar discriminaciones como adoctrinar?

Esta es Cristina Cifuentes, la que muchos votaron para impedir que socialistas y podemitas impusieran su ideología. Y ahora se encuentran que es Cifuentes la que la impone. No hay peor ciego que el que no quiere ver.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

El valiente «Carnicero de Mondragón»

…@…

Sabéis que han sido muchos los casos de estos valientes etarras que, cuando los han detenido, se han cagado físicamente las patas abajo. El caso más famoso que recuerdo fue el de Antonio Troitiño, del comando «Madrid» que mandaba De Juana Chaos (por cierto, este de Juana había sido militante activo de Fuerza Nueva años atrás), cuando les detuvieron en 1987 en su piso franco de Madrid.

Adjunto el texto del Guardia Civil, y cómo se defendió este «valiente» etarra (por otro lado, tan «valiente» como han sido siempre los líderes de las izquierdas).

RELATO DE ALGUIEN DE LA GUARDIA CIVIL QUE ESTUVO ALLÍ (SOBRE «CARNICERO DE MONDRAGÓN»). (de Facebook).

«Lo voy a contar, coño».

A este hijo de la gran puta lo detuvimos el GAR en Hernani tras un tiroteo de dos horas, desde la puerta hasta la última habitación. Las cosas pasaron así:

Al principio de todo el tinglado, estaban allí el entonces Comandante Galindo, tan famoso después con el paso del tiempo. Su conductor quiso ganarse una medalla y entró en el piso recibiendo un tiro en el vientre, y se metió en la primera habitación a la izquierda desangrándose. Tuvo que anudar unas sábanas y descolgarse por una ventana para ser atendido por los sanitarios. En tanto el GAR ya estaba enfrascado a tiros, la munición se acababa y había que ayudar a los compañeros tirando cargadores a rastras por el pasillo. Al final se decidió terminar con los dos cabrones de ETA que tiraban a la libanesa, uno con un Kalashnikov y el otro con un subfusil MAT-53 de fabricación francesa.

Con un lanzagranadas Instalaza, «el Güerri», un Teniente de los nuestros, les metió por la ventana dos granadas y a tomar por el culo los dos. Hubo una explosión por simpatía de algunos explosivos que tenían ellos y ardieron como la yesca. Recuerdo que al acceder a ellos, tenían las armas, pegadas a los brazos.

Bien, pues el tercero en discordia, era el súper macho éste llamado Josu Zabarte Arregui (el carnicero de Mondragón). ¿Sabéis donde estuvo durante todo el tiroteo?

Al principio he contado que el conductor del Comandante Galindo, se desangraba en la primera habitación, según se entraba por la puerta a la izquierda. Pues el etarra Zabarte lo estaba observando todo, porque en esa habitación había un zulo, donde él se escondía tras un espejo chino. Y allí escondido, ese cerdo etarra tuvo la oportunidad de rematarlo, pero no lo hizo. No lo hizo porque sabía que después iba él… Y cuando tras el tiroteo se produjo el registro del inmueble, allí se le encontró, tras el espejo y en el zulo, cagado de miedo. Sí, sí, «cagao» físicamente y con la pistola en la mano, que del acojono que tenía no la tenía ni montada…

Así es y son estos carniceros.

Cantó en los interrogatorios hasta la traviata sin tocarle ni un pelo y su madre, que también fue detenida, le decía: «*Hijo de puta, que has vendido a los tuyos*».

Y no sigo, pero queda claro que era y es un mierda, ¿no? Pues eso. Un hombre, cuando mata, asume morir, pero esa cucaracha, cuando vio que también podía caer, se cagó vivo.

Ahora dice que es un gudari.... ¡Eres un «cagari».

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.